

era aquella jovencita? ¿quién era su padre? ¿la sombra tan densa que los cubría. se hallaba tal vez á punto de disiparse y de esclarecer el misterio? ¿iba á romperse el velo al fin? ¡Ah! cielos!

Saltó, más bien que subió, sobre la cómoda, y volvió á instalarse en su puesto, junto á la pequeña claraboya del tabique.

Desde allí veía él nuevamente el interior del tabuco Jondrette.

## XI

## EMPLEO DE LA MONEDA DE CINCO FRANCO DEL SEÑOR LEE-LAND

Nada había cambiado en el aspecto de la familia, sino que la mujer y las hijas habían echado mano á los objetos que contenía el paquete, poniéndose medias y chambras de lana. Dos cobertores nuevos cubrían ya las dos camas.

El Jondrette acababa evidentemente de entrar. Todavía estaba acezando. Sus hijas se hallaban junto á la chimenea, sentadas en el suelo, la mayor curando la herida de la mano á la pequeña. La madre estaba como agobiada sobre el camastro inmediato á la chimenea, con un semblante lleno de extrañeza y de asombro. Jondrette se paseaba por el desván, á lo largo, y dando grandes trancadas. Sus ojos también mostraban un aspecto extraordinario.

La mujer, que parecía tímida y como embargada de estupor en presencia de su marido, se aventuró por fin á decirle :



— ¡Cómo! de véras, ¿estás tú seguro?

— ¡Seguro! ¡Ocho años hace ya! ¡pero le he conocido en seguida! ¡Ah! que si le conozco! le reconocí en cuanto le puse los ojos encima! ¡Cómo! ¿y á ti no te ha llamado la atencion ese hombre?

— No.

— Pero yo sin embargo te decia: ¡mírale! ¡obsérvale! es claro, al instante dije yo quién era: la misma cara, apenas algo más viejo; hay gentes que no envejecen; yo no sé cómo se las arreglan. El metal de la voz, tambien es el suyo. Ahora va mejor vestido, y nada más. ¡Ah! viejo misterioso del diablo, anda que ya te tengo entre mis uñas!

Al decir esto, se detuvo y dijo á sus hijas:

— ¡Marchaos, vosotras! — Es singular, que no te haya saltado á ti á los ojos en seguida, como á mí.

Las muchachas se levantaron para obedecer.

La madre dijo á média voz:

— ¿Y con la mano enferma?

— El aire la hará bien, dijo Jondrette. Marchad.

Era visible que este hombre no aguantaba réplicas jamás en el seno de su familia. Las dos hijas se ausentaron.

En el momento en que ellas iban á pasar por la puerta, retuvo el padre á la mayor por el brazo y dijo con un acento particular:

Á las cinco en punto estaréis ambas en casa. Tengo necesidad de vosotras.

Marius redobló su atencion.

Luégo que se quedó solo con su mujer, Jondrette volvió á emprender sus paseos por el cuarto, dando tres ó cuatro vueltas en el mayor silencio. En seguida empleó algunos minutos en introducir por la cintura de sus pantalones la falda de la camisa de mujer que aún tenía puesta.

De repente se volvió hácia la Jondrette, se cruzó de brazos, y exclamó:

— ¿Y quieres que te diga una cosa? la señorita ..

— ¿Y bien, qué? replicó la mujer, ¿la señorita?

Nada podia ya ocultársele á Marius, era de Ella sin duda de quien hablaban. Escuchaba con una ansiedad febril. Toda su vida se hallaba en sus oídos.

Pero el Jondrette se habia inclinado para hablar algunas palabras en voz baja á su mujer. Despues se enderezó y concluyó diciendo en alta voz:

— ¡Es ella!

— ¿Eso? dijo la mujer.

— ¡Eso! dijo el marido.

Mo hay palabras capaces de expresar todo lo que habia en el eso de la madre. Era la sorpresa, la rabia, el odio, la ira mezclados y combinados con una entonacion monstruosa. Habian bastado algunas palabras pronunciadas; el nombre sin duda, que él la habia dicho al oído para que aquella mujeraza amodorrada despertase de su letargo, y de repugnante se convirtiera en espantosa.

— ¡Eso no pue ser! exclamó, cuando yo pienso que mis hijas van con los piés por el suelo y no tienen ni un vestido que ponerse! ¡Cómo! una manteleta de raso, un gorro de terciopelo, sus botitas, ¡y todo! por más de doscientos francos de traje! ¡que cualquiera creeria que es una señora! ¡que! ¡no! ¡tú te equivocas! ¡pero en primer lugar la otra era horrible, y esta no es del todo mal! de véras que no es del todo fea esta muchacha! ¡no es posible que sea ella!

— Pues yo te digo que es ella, ya te convencerás.

Ante esta afirmacion tan absoluta, la Jondrette levantó su cabeza rubia y su ancha caraza encarnadota, y miró al techo con una expresion disforme. En este momento apareció ella á Marius más terrible aún que su marido. Era una marrana con mirada de hiena.

— ¡Cómo! repuso ella, ¡esa horrible elegante señorita



que miraba á mis hijas con un gesto de compasion, habria de ser aquella miserable! ¡aquel horror de muchacha! ¡Oh! de buena gana la despachurraria el vientre á patadas con mis zuecos!

Saltó de la cama en tierra, y permaneció un momento de pié, desgredada, hinchada la nariz, la boca entreabierta, los puños apretados y echados hácia atras. En seguida se dejó caer de nuevo sobre el camastro. El hombre iba y venía sin prestar ninguna atencion á la mujer.

Despues de algunos instantes de silencio, se aproximó á la Jondrette y se paró delante de ella, con los brazos cruzados, como momentos ántes.

— ¿Y quieres que te diga una cosa?

— ¿Qué? preguntóle ella.

El respondió en voz baja y breve:

— Que mi fortuna está hecha.

La Jondrette le consideró con esa mirada que quiere decir: ¿Es que el que me está hablando se vuelve loco?

El continuó:

— ¡Caramba! demasiado tiempo hace ya que yo soy un feligrés de la parroquia muérete-de-hambre-si-tienes-lumbre, muérete-de-frío-si-tienes-pan! ¡basta ya de miseria! ¡mi carga y la carga de los demas! ¡se acabaron estas bromas, yo no encuentro ya esto cómico ni divertido! ¡ira de Dios! ¡no seré ya por más tiempo el juguete de los que tienen más que yo! ¡no más farsas, por vida de Dios eterno! ¡quiero comer cuando tengo hambre, beber cuando tengo sed! ¡quiero engullir, glotonear si se me antoja! ¡quiero dormir! ¡no hacernada! ¡toma! ¡tambien á mí me ha de llegar mi turno! ¡antes que reviente de hambre y de miseria, quiero reventar de harto!! ántes que me entierren, he resuelto ser yo tambien algo opulento y millonario!

Dió otra vuelta al tabuco y añadió:

— Como los demas.

— ¿Qué es lo que quieres decir? le preguntó la mujer. Sacudió élla la cabeza, guiño un ojo y levantó la voz, como un físico de plaza pública que va á hacer una demostracion:

— ¿Lo que quiero decir? ¡escucha!

— ¡Chito! refunfuñó la Jondrette, ¡no hables tan alto, si son cosas que no conviene las oiga nadie!

— ¡Cá! ¿quién lo ha de oír? ¿el vecino? yo le vi salir hace poco. ¿Ademas, es que ese bobalicon oye nunca nada? y despues, ya te digo que le vi salir.

Sin embargo, como por una especie de instinto, Jondrette bajó la voz, si bien no lo bastante para que sus palabras se escapasen á Marius. Una circunstancia favorable, y que contribuyó mucho á que Marius no perdiera nada de esta conversacion, es que la grande nevada que habia caido amortiguaba y ensordecia bastante el ruido de los carruajes que pasaban por el boulevard.

Hé aquí lo que oyó Marius:

— Oye, escucha bien. ¡Ya está atrapado, el Creso! Ni más ni ménos. Es cosa ya arreglada y convenida, que puedes dar por hecha. He visto á ciertas gentes. Esta noche vendrá él á las seis. ¡Á traer sus sesenta francos, el canalla! ¡has visto tú cómo le hice vomitar esto, mis sesenta francos, encajándole toda la historia de mi casero, de mi 4 de Febrero! ¡no se trata sólo de un trimestre! no soy yo tan zoquete! Vendrá él pues á las seis! es justamente la hora en que el vecino se habrá ido á comer. La tia Burgon está tambien fregando sus platos allá en la casa adonde va ella á hacersa faena todos los días. Estaremos aquí solos. El vecino no entra nunca ántes de las once. Las chicas estarán de acecho. Tú nos ayudarás; y él se ejecutará.

— Y si no se ejecuta? preguntó la mujer.



Jondrette hizo un gesto siniestro, y dijo :

— Le ejecutaremos.

Y lanzó una carcajada.

Esta era la primera vez que Marius le veía reír. Su risa era fría y serena, y hacía estremecer.

Jondrette abrió una alacena que había junto á la chimenea, y sacó de ella una gorra vieja que se puso en seguida, despues de haberla cepillado con su manga.

— Ahora, dijo, voy á salir. Tengo aún que ver á alguna gente, y buena. Ya verás cómo esto marcha bien. Yo estaré fuera el ménos tiempo posible; es preciso dar un buen golpe, guarda la casa.

Y con los dos puños metidos en los bolsillos de su pantalón, permaneció un momento pensativo, exclamando despues :

— ¡Sabes tú que, á pesar de todo, ha sido una gran fortuna que él no me haya conocido á mí! Si él á su vez me hubiera reconocido, no hay peligro de que hubiera vuelto jamás á esta casa! Se nos escapaba! ¡Mi barba es la que me ha salvado! ¡mi perilla romántica! ¡mi linda perilla de artista dramático!

Y volvió á reír á carcajadas.

Despues se dirigió á la ventana. La nieve caía sin cesar y empañaba el gris del cielo.

— ¡Qué tiempo de perros! dijo.

Y abotonándose el gaban :

— Esta piel me está demasiado ancha. — ¡No le hace, añadió, ha hecho perfectamente en dejármela, ese pícaro viejo! Sin esto, me era imposible salir, y todo se lo habría llevado el diablo! Desde el momento que yo no hubiera podido ir á ver mi gente, todo fracasaba. No podía haber realizado mi plan. ¡Ya ves en cuán poco estriban las cosas á veces!

Y encasquetándose la gorra hasta los ojos, salió.

Apénas habría tenido tiempo para dar algunos pasos en el corredor, cuando volvió á abrirse la puerta, reapareciendo de nuevo en el cuarto su rostro lívido é inteligente.

— Me olvidaba lo mejor, dijo. Tendrás un hornillo de carbon.

Y arrojó sobre el delantal de su mujer la moneda de cinco francos que le había dejado el « filántropo. »

— ¿Un hornillo de carbon? preguntó la mujer.

— Sí.

— ¿Cuántas medidas?

— Dos de las grandes.

— Entónces importará treinta sueldos. Con lo restante compraré la comida.

— ¡Diablos! no.

— ¿Por qué?

— No vayas á gastar la moneda de cinco francos.

— ¿Por qué?

— Porque yo á mi vez tendré también que comprar algo.

— ¿Qué?

— Cierta cosa.

— ¿Cuánto necesitarás?

— ¿Dónde hay por aquí un almacén de quincalla?

— En la calle de Mouffetard.

— ¡Ah! sí, en una casa que hace esquina; ya veo desde aquí la tienda.

— ¿Pero dime qué es lo que necesitas para lo que tienes que comprar?

— Como de dos francos y medio á tres.

— No nos ahitemos con lo que queda para comer.

— Hoy no se trata de comer. Hay algo mejor que hacer.



— Con eso me basta, tesoro mío.

Después de este cumplimiento de su mujer, Jondrette volvió á cerrar la puerta, y esta vez Marius oyó que sus pasos se alejaron por el corredor de la casucha, bajando después rápidamente la escalera.

En este momento daba la una en el reloj de Saint-Médard.

## XII

SOLUS CUM SOLO, IN LOCO REMOTO, NON COGITABUNTUR  
ORARE PATER NOSTER

Aunque entregado á sus delirios y ensueños, Marius, según lo hemos dicho ya, era una naturaleza firme y enérgica. Los hábitos de recogimiento solitario, á la vez que habían desarrollado en él la simpatía y la compasión, habían quizás disminuido la facultad de indignarse; reunía la benevolencia de un brahma con la severidad de un juez; tenía compasión de un sapo, pero aplastaba una víbora. Ahora bien, el sitio donde había él hundido y clavado sus miradas no era otra cosa que un nido de víboras; una caverna de monstruos tenía él ante sus ojos.

— Preciso es poner la planta del pie sobre estos miserables, dijo para sí.

Ninguno de los enigmas que esperaba él ver disipados



se había esclarecido siquiera; al contrario, más bien se habían tal vez espesado y condensado todos ellos; nada más sabía él acerca de la hermosa niña del Luxemburgo y del hombre á quien llamaba el señor Leblanc, sino que Jondrette los conocía. Á trasluz de las palabras tenebrosas que él había oído, sólo una cosa veía clara y distintamente: que allí se preparaba una emboscada, una emboscada oscura, pero terrible; que ambos corrían un gran peligro, ella probablemente, su padre de un modo seguro, y que era preciso salvarlos; era menester frustrar y desbaratar las horribles combinaciones de los Jondrette, y romper la inmundicia de aquellas arañas.

Durante un rato se estuvo observando á la Jondrette, la cual sacó de un rincón un hornillo viejo de hierro colado y se puso á revolver y á rebuscar en el montón de hierro viejo que allí había.

Se bajó él de la cómoda lo más suavemente que pudo hacerlo, procurando evitar todo ruido, á fin de no revelar su presencia.

En medio del espanto que le producía lo que allí se tramaba, y del horror que le inspiraban los infames designios y la inaudita maldad de los Jondrette, sentía él una especie de gozo ante la idea de que tal vez le sería dado prestar un gran servicio á aquella á quien amaba.

¿Pero cómo era posible hacerlo? ¿dando aviso á las personas amenazadas? ¿y dónde hallarlas? No conocía aún su morada. Habían reaparecido un solo instante en su presencia, y después habían vuelto á sumergirse en las inmensas profundidades de París. ¿Esperar al señor Leblanc á la puerta, aquella noche á las seis, en el momento en que él llegara, y prevenirle del lazo que le tenían preparado? Pero entonces Jondrette y su familia le verían estar de acecho, el sitio aquel era solitario, desierto, ellos serían más fuertes que él, y hallarían medio

de apoderarse de él y de alejarle, en cuyo caso, aquel á quien Marius quería salvar se vería perdido. La una acababa de dar, y la emboscada debía de verificarse á las seis. Marius podía aún disponer por consiguiente de cinco horas.

No había sino una cosa que hacer.

Se puso su frac, se lió un pañuelo al cuello, tomó el sombrero, y salió, sin hacer más ruido que si hubiera ido andando descalzo y sobre musgo.

Por lo demás, la Jondrette continuaba hurgoneando en su hierro viejo.

Una vez que se halló ya fuera de casa, llegó á la calle del Petit-Banquier.

Hallábase hacia el medio de esta calle, junto á una pared muy baja que se puede saltar en ciertos sitios y que da á un terreno vago; iba andando despacio, preocupado cual se hallaba, y la nieve además ensordecía sus pasos, cuando hé aquí que oyó unas voces que hablaban muy cerca de él. Volvió la cabeza, la calle estaba desierta, ni un alma se veía por allí, aunque era en mitad del día, y sin embargo, oía distintamente unos hombres que hablaban.

Entonces le ocurrió la idea de mirar por encima de la pared que él iba costear.

Allí, en efecto, estaban dos hombres respaldados contra la pared, sentados sobre la nieve y hablando en voz baja.

Aquellas dos figuras le eran completamente desconocidas; el uno era un hombre barbudo, vestido con una blusa, y el otro un hombre melenudo, cubierto de andrajos. El barbudo llevaba un gorro griego, el otro tenía la cabeza descubierta, recibiendo la nieve en sus melenas, ó en sus greñas más bien.

Avanzando su cabeza sobre ellos, Marius podía oírlos perfectamente.



El melenudo daba con el codo al otro y le decia :

— Con Patron-Minette, eso no puede marrar.

— ¿ Tú lo crees así? dijo el barbudo ; y el greñudo respondió :

— ¡ Será para cada uno un *fañot* de quinientas *balas*<sup>1</sup>, y lo peor que podrá suceder : cinco años, seis años, diez años á lo más !

El otro respondió con cierta hesitacion y tiritando bajo su gorro griego :

— Eso es una cosa positiva. No puede uno negarse á nada de eso.

— Ya te digo que no es posible que el negocio salga mal, replicó el greñudo. Se enganchará el bisdosto del tío Fulano.

Y despues se pusieron á hablar de un melodrama que habian visto la vispera en lo Gaité.

Marius prosiguió su camino.

Le pareció que las palabras oscuras de aquellos hombres, tan extrañamente escondidos tras de aquella pared y acurrucados sobre la nieve, tal vez no dejaban de tener alguna relacion con los abominables proyectos de Jondrette. Esto debia ser el *negocio*.

Dirigióse al arrabal de Saint-Marceau, y en la primera tienda que halló preguntó dónde habia un comisario de policia.

Indicáronle la calle de Pontoise y el nº 44.

Marius fué allá inmediatamente.

Al pasar delante de una panaderia, compró un panecillo de dos sueldos y se le comió, previendo que no comeria aquel dia.

En el camino, mientras que iba andando, hizo justicia á la Providencia. Recordó que si él no hubiera dado

<sup>1</sup> Un billete de quinientos francos.

aquella mañana sus cinco francos á la hija de Jondrette habria seguido al fiacre del señor Leblanc, y por consiguiente lo habria ignorado todo, sin que nada ni nadie hubiera podido impedir la realizacion de la emboscada de los Jondrette, que el señor Leblanc estaba perdido, y sin duda su hija tambien con él.



## XI

### EN QUE UN AGENTE DE POLICÍA DA DOS PUÑADAS Á UN ABOGADO

Llegado al número 14 de la calle de Pontoise, subió al primer piso y preguntó por el comisario de policía.

— El señor comisario de policía no está, dijo un mozo de despacho que encontró allí; pero hay un inspector que hace sus veces. ¿Quiere usted hablarle? ¿es cosa urgente?

— Sí, dijo Marius.

El mozo de despacho le introdujo en el gabinete del comisario. Un hombre de elevada talla se hallaba allí de pie, detras de un enrejado, apoyado, en una estufa, levantando con ambas manos las faldas de un gran carrick, ó capote, de tres esclavinas. Era una cara cuadrada, unos labios delgados y firmes, espesas patillas muy ariscas y que empezaban ya á pardear, una mirada fija y penetrante. Habría podido decirse de aquella mirada, no que penetraba, sino que escudriñaba.

Aquel hombre no tenía el aspecto mucho ménos feroz ni ménos terrible que Jondrette; á veces el dogo no es ménos inquietante y temible de encontrar que el lobo.

— ¿Qué quiere usted? dijo él á Marius, sin añadir, caballero.

— ¿El señor comisario de policía?

— Está ausente. Yo le reemplazo.

— Es para un asunto muy secreto.

— Pues entónces hable usted.

— Y muy urgente.

— Pues hable usted de prisa.

Aquel hombre, sereno y brusco, era á la vez espantoso y tranquilizador, inspirando al mismo tiempo el temor y la confianza. Marius le refirió la aventura: — Que una persona á quien él no conocía sino de vista debía ser atraída aquella misma noche á una emboscada; — que habitando el cuarto inmediato á la guarida, había el Marius Pontinercy, abogado, oído todo el complot á través de un tabique; — que el malvado que había imaginado tender el lazo era un tal Jondrette; que tendria cómplices, probablemente vagabundos ó tunantes de las barreras, entre otros, cierto Panchaud, álias Printanier, álias Bigrenaille; — que las hijas de Jondrette estarian de acecho; — que no era posible prevenir al hombre amenazado, por causa de que ni siquiera sabía él su nombre; — y por último, que todo aquello debía ejecutarse á las seis de la noche, en el sitio más desierto del boulevard del Hospital, en la casa del número 50-52.

Al oír este número, el inspector levantó la cabeza, y dijo friamente:

— ¿Conque entónces es en el cuarto del fondo del corredor?

— Precisamente, contestó Marius, y añadió: — ¿Es que usted conoce aquella casa?



El inspector permaneció un momento silencioso, y después respondió, calentando el talón de su bota en la boca de la estufa :

— Así parece.

Y continuó, entre dientes, hablando ménos á Marius que á su corbata :

— Ahí debe haber algo de Patron-Minette.

Esta palabra chocó á Marius.

— Patron-Minette, dijo este. En efecto, yo he oído pronunciar esa palabra.

Y entónces refirió al inspector el diálogo del hombre greñado y del hombre barbudo sentados sobre la nieve detras de la pared de la calle del Petit-Tanquier.

El inspector refunfuño :

— El greñado debe ser Brujon, y el barbudo debe ser Demi-Liard, alias Deux-Milliards.

Había vuelto á bajar los párpados y estaba como meditando.

— Por lo que hace al tío Fulano, ya le entreveo. Hé aquí que acabo de quemar mi carrick. Siempre hacen una lumbre demasiado fuerte en estas malditas estufas. El número 30-32. Antigua propiedad de Gorbeau.

En seguida miró á Marius.

— ¿Y no ha visto usted más que á ese barbudo y á ese melenudo?

— Y á Parchaud.

— ¿No ha visto usted rodar por allí á un lechuguinito del diablo?

— No.

— ¿Ni á otro enorme material macizo que se parece al elefante del Jardin de Plantes?

— No.

— ¿Ni á otro mal bicho que tienen trazas de una antigua cola roja?

— No.

— Por lo que hace al cuarto, nadie le ve nunca, ni siquiera sus ayudantes, dependientes y empleados. No es pues extraño que usted no le haya visto.

— No. ¿Y qué es lo que vienen á ser todas esas gentes? preguntó Marius.

El inspector respondió :

— Por lo demas no es su hora esa.

Volvió á sumergirse en su silencio, y después continuó :  
— 30-32. Conozco la barraca. No hay posibilidad de ocultarnos en el interior sin que los artistas se aperciban de ello, y entónces se apresurarian á dar contraórden, y no representarían su vaudeville. ¡ Son tan modestos ! el público les estorba, ¡ Nada de eso ! ¡ nada de eso ! Yo quiero oírlos cantar y hacerlos bailar.

Concluido este monólogo, volviéndose hácia Marius y le preguntó mirándole fijamente :

— ¿Tendrá usted miedo?

— ¿De qué? repuso Marius.

— De esos hombres.

— ¡ No tengo más miedo de ellos que de usted ! replicó rudamente Marius, quien empezaba á notar que aquel polizonte no le habia dicho aún señor ni caballero.

El inspector miró á Marius, más fijamente aún, y añadió con una especie de solemnidad sentenciosa :

— Usted habla como un valiente y como un hombre de bien. El valor no teme el crimen, y la honradez no teme á la autoridad.

Marius le interrumpió :

— Está bien ; ¿ qué es lo que usted piensa hacer ?

El inspector se limitó á contestarle :

— Los inquilinos de aquella casa tienen todos llavín para entrar de noche en su domicilio, sin llamar á la puerta. ¿ Usted debe de tener uno ?



— Sí, contestó Marius.

— ¿Le trae usted consigo?

— Sí.

— Démele usted, dijo el inspector.

Marius sacó su llave del bolsillo, la entregó al inspector, y añadió:

— Si usted me cree, no deje de llevar fuerza armada.

El inspector dirigió á Marius la mirada de Voltaire á un académico de provincia que le habria propuesto una rima; hundió ambas manos que eran enormes, con un solo movimiento, en los grandes bolsillos de su carrick, sacó de ellos dos cachorrillos de acero, de esos que llaman puñadas (coups de poing), y se los presentó á Marius diciéndole vivamente y en un tono breve:

— Tome usted esto. Vuélvase á su casa. Escóndase usted en su cuarto, de modo que crean que usted ha salido. Están cargados, cada uno con dos balas. Se pondrá usted en observacion. Hay un agujero en el tabique segun me ha dicho usted. Las gentes llegarán. Déjelas usted maniobrar un poco. Cuando crea que la cosa está á punto, y que ya es tiempo de impedirles que pasen más adelante, disparará usted un pistoletazo. Que no lo haga usted demasiado pronto. Espere á que haya un principio de ejecucion; usted es abogado, y sabe lo que es eso.

Marius tomó las pistolas y se las guardó en los bolsillos laterales de su frac.

— De esa manera forman un bulto muy grande, eso se ve, dijo el inspector. Guárdelas usted más bien en los bolsillos del pantalon.

Marius se guardó los cachorrillos donde le dijo el inspector.

— Ahora, añadió este, ninguno de nosotros puede perder ni un solo minuto. ¿Qué hora es? Las dos y média. Eso es para las siete?

— Para las seis, contestó Marius.

— Tengo tiempo, repuso el inspector, pero bien justo. No olvide usted nada de lo que le he dicho. ¡Pum! un pistoletazo.

— Descuide usted, respondió Marius.

Y al tiempo en que Marius ponía la mano en el pestillo de la puerta para salir, el inspector le gritó:

— Á propósito, si usted tuviera necesidad de mí, de aquí á la hora de la escena, venga ó envíe aquí á alguien. Haga usted que pregunten por el inspector Javert.



## XV

### JONDRETTE HACE SU COMPRA

Algunos instantes despues, á eso de las tres de la tarde, pasaba casualmente Courfeyrac por la calle de Mouffetard en compañía de Bossuet. La nieve caía más fuerte y llenaba el espacio. Bossuet iba diciendo á Courfeyrac :

— Al ver como caen tantos copos de nieve, diríase que hay en el cielo una peste de mariposas blancas. — De repente Bossuet distinguió á Marius que subía la calle hacía la barrera y tenía un aspecto particular.

— ¡Toma! dijo Bossuet, es Marius.

— Ya le he visto, respondió Courfeyrac. No le habemos.

— ¿Por qué?

— Porque va ocupado.

— ¿Por qué?

— ¿No ves el semblante que tiene?

— ¿Que semblante?

— Tiene trazas como de ir siguiendo á alguien.

— Es verdad, dijo Bossuet.

— ¡Mira qué ojos pone! repuso Courfeyrac.

— ¿Pero á quién diablos sigue?

— ¡Á alguno peripuesta zanqui-perra! está enamorado.

— Pero es que yo no veo á ninguna muchacha por aquí, á ninguna zanqui-perra peripuesta ni mal puesta. Ni una sola mujer hay en la calle.

Courfeyrac miró, y exclamó :

— ¡Va siguiendo á un hombre!

Con efecto, un hombre que llevaba una gorra puesta, y cuya barba gris se distinguía, bien que no le viesan á él sino de espaldas, iba andando á la distancia como de unos veinte pasos, delante de Marius.

Aquel hombre iba vestido con un gaban enteramente nuevo, que le venía demasiado grande, y un horrible pantalon hecho andrajos y todo él cubierto de lodo.

Bossuet soltó una carcajada.

— ¿Qué especie de hombre será ese?

— ¿Eso? repuso Courfeyrac, es un poeta. Los poetas son los únicos que suelen tener la ocurrencia de vestirse con pantalones de mercaderes de pieles de conejos y levitas de par de Francia.

— Vamos a ver adónde va Marius, dijo Bossuet, vamos á curiosar también a dónde va ese hombre, sigámoslos, ¿eh?

— ¡Bossuet! exclamó Courfeyrac, águila de Meaux! tú eres un bruto prodigioso. ¡Cómo! ¡nosotros hablamos de seguir á un hombre que sigue á un hombre!

Y los dos jóvenes se volvieron hacía atrás.

Marius, en efecto, había visto pasar á Jondrette por la calle de Mouffetard, y le iba espiando.



Jondrette caminaba delante de él, muy ajeno de pensar que hubiese ya una mirada que le tenía como asido.

Salió de la calle de Mouffetard, y Marius le vió entrar en una de las más horribles casuchas de la calle Gracieuse, donde permaneció cosa de un cuarto de hora, volviéndose despues á la calle de Mouffetard. Entró en un almacén de quincalla que habia en aquella época en la esquina de la calle de Pierre-Lombard, y al cabo de algunos minutos, Marius le vió salir de la tienda, llevando en la mano un grande escoplo con mango de palo blanco que él procuraba ocultar bajo su levita. Al llegar á la calle del Petit-Gentilly, giró á la izquierda, y pasó rápidamente á la calle del Petit-Banquier. Ya iba oscureciendo, la nieve, que habia cesado un momento, acababa de recomenzar. Marius se puso en acecho en la misma esquina de la calle del Petit-Banquier, que estaba desierta como siempre, no queriendo ya seguir allí á Jondrette. Y á fe que acertó al obrar así, pues llegado que hubo junto á la pared baja por encima de la cual habia oido Marius hablar al hombre de las greñas y al de las barbas, Jondrette volvió la vista atras, se aseguró de que nadie le seguia ni le veia, despues saltó aquella pared y desapareció.

El terreno vago que cercaba aquella pared comuniaba con el patio de un antiguo alquilador de carruajes, bastante mal reputado, que habia hecho quiebra y que todavia conservaba alguna que otra berlina ó birlocho viejos bajo un cobertizo.

Marius calculó que era prudente y oportuno el aprovecharse de la ausencia de Jondrette para volver á entrar en su casa; además, la hora avanzaba; al salir todas las tardes para ir á fregar los platos en las casas donde ella solia hacer este servicio, la seña Bougon acostumbraba á echar siempre la llave á la puerta de la calle, la cual estaba ordinariamente cerrada al anocheecer; y como

Marius habia dado su llavín al inspector de policía, era muy importante para él que se diese prisa.

La tarde habia concluido; casi era ya noche oscura, no distinguiéndose sobre el horizonte y en la inmensidad sino un punto iluminado por el sol; este punto era la luna.

Este astro se levantaba enrojecido detras de la cúpula baja de la Salpêtrière.

Marius se dirigió á toda prisa al n.º 50-52. Cuando llegó, aún estaba la puerta abierta. Subió de puntillas la escalera, y se escurrió cauteloso á lo largo del corredor hasta llegar á su cuarto. Segun recordará el lector, este corredor se hallaba todo él orillado de tabucos que en aquel momento estaban todos desocupados y por alquilar. Generalmente, la seña Burgon dejaba abiertas las puertas de aquellos desvanes. Al pasar por delante de una de aquellas puertas, Marius creyó distinguir en la pieza inhabitada cuatro cabezas de hombres inmóviles, vagamente iluminadas por un resto de luz que penetraba por un ventanillo. No queriendo ser visto, Marius no procuró ver él tampoco. Así logró entrar en su cuarto sin ser notado y sin hacer el menor ruido. Ya era tiempo. Un momento despues, oyó á la seña Burgon que se marchaba y que cerraba con llave la puerta de la calle.